

Centro de Estudios “La Cañada”

Taller de Economía 2024

CUESTIONES ESPECÍFICAS DE ARGENTINA

Reunión N° 1: CRISIS POLITICA

Índice

1. Una crisis multidimensional
2. La crisis política
3. Diagnóstico de la dimensión política
 - 3.1. El papel del contexto cultural
 - 3.2. El papel específico de las ciencias de la sociedad
4. Una alternativa resulta posible
 - 4.1. Las condiciones actuales
 - 4.2. Su impacto político
 - 4.3. Las preocupaciones de Milei
 - 4.3.1. El texto del discurso en Davos
 - 4.3.2. Milei y las regulaciones
 - 4.3.3. El origen de las regulaciones
 - 4.3.4. El porqué de la alarma de Milei
 - 5.- Una alternativa para la política

1.- Una crisis multidimensional

La llegada de Javier Milei a la presidencia es una expresión más de las profundas crisis por las que atraviesa Argentina. Se ha convertido en un punto de inflexión de los procesos socio-económicos, políticos y culturales, y a su vez, dispara efectos en todas las direcciones.

En la dimensión económica – social, la crisis se expresa en deformaciones de gran magnitud de la estructura productiva: dependencia comercial, tecnológica y financiera; ausencia de integración sectorial y regional; productividad dual; niveles de inversión sin cubrir su amortización; alta concentración; etc. Todos provocados por procesos de muy largo plazo. Algunos de ellos, de cuando el actual territorio nacional formaba parte del Virreinato del Río de la Plata.

Son anomalías respecto al funcionamiento del sistema capitalista en los países centrales, y se expresan en superficie bajo la forma de inflación, pobreza, atraso, vulnerabilidad y volatilidad. Y su grado de avance convierte en estrepitosos fracasos, los intentos de todo pelaje, por atenuar sus efectos. Sólo atenuar, nunca intentar quebrar los procesos tras ellos.

En la dimensión cultural, el estropicio deriva de la concepción subjetivista y voluntarista practicada, de manera consciente o intuitiva, por las corrientes mayoritarias (neoliberalismo y populismo). Esa deformación lleva a enfocar los problemas sólo en sus aspectos de superficie, es decir, observables y medibles. Tras ellos, nada existe ni puede llegar a existir, y mucho menos, procesos autónomos.

Bajo esos criterios resulta imposible pensar en términos de neutralizar y/o quebrar los procesos. Solo es posible aplicar reglas de decisión para atenuar sus efectos. O reglas de estado o reglas de mercado, es decir, regulaciones o desregulaciones. De hecho, convierten a esos instrumentos en objetivos en sí mismos (liberar versus controlar), llegando por esa vía a algo desopilante: otorgar a esos instrumentos, el status de una ideología.

Pero no solo todos los intentos culminan en estrepitosos fracasos. Ignorar la existencia de procesos y sus efectos estructurales, en horizontes más prolongados, en lugar de atenuar, contribuyen a profundizar sus efectos más regresivos.

Esto produce graves falencias en el plano político. Quienes debieron crear condiciones masivas de esclarecimiento, para al menos, oponer con su voto, una barrera a la llegada de un Milei o algo parecido, produjeron un efecto diametralmente opuesto.

Pretendieron imponer a la sociedad una visión, donde cada grupo político se ubica como representante de una historia armada, el llamado “relato”. Esa historia se presenta como algo homogéneo a través de siglos. Una historia (historicismo) con una grieta perenne: popular vs antipopular; republicanos vs antidemocráticos. Estaban otorgando un certificado de “verdad absoluta” al pensamiento subjetivista y voluntarista, justamente el tipo de pensamiento en el cual Milei y los suyos, ostentan “títulos mundiales”.

La práctica y difusión de esa visión del mundo, por parte de las corrientes mayoritarias, en lugar de, al menos, intentar neutralizar las tendencias del contexto cultural, contribuyeron a fortalecerlas. Se colocaron en el terreno donde, justamente, los sectores de pensamiento regresivo, se mueven como “pez en el agua”. Jugaron en el lugar equivocado. Perder estaba garantizado de antemano.

Una comparación a los fines ejemplificativos. Aun sin conocer el grado de esclarecimiento de los votantes del Partido Demócrata de EEUU, podemos constatar, fue suficiente para impedir el regreso de un Trump. En Argentina, las tan mentadas “mayorías nacionales” no pudieron frenar a un Milei. Incluso algunos (muchos) de ellos lo votaron. A ninguno se le ocurrió siquiera buscar en Wikipedia el significado del término, previamente anunciado: “anarco-capitalismo”.

En la dimensión política, la crisis se expresan bajo la forma de un permanente deterioro de los partidos y de su credibilidad, desembocando en el actual experimento anarco-capitalista. Por primera vez en la historia mundial se aplicará un modelo de ese tipo. Sin duda con graves efectos socio-económico en términos de recesión y deterioro del poder adquisitivo de los sectores de ingresos medios y bajos.

Sin embargo, en el plano político y cultural, esas mismas condiciones pueden generar escenarios inéditos. Sus graves efectos pueden contribuir a esclarecer la necesidad de un enfoque objetivo de la realidad a partir del cual surgirán caminos alternativos. Se abre la posibilidad de un replanteo integral de la política y superar el retroceso de las últimas décadas. Éste es el objetivo central de la presente exposición.

2.- La crisis política

La problemática de la dimensión política, surge a partir del fracaso sistemático de todos los intentos por atenuar condiciones socio-económicas de alta regresividad. Y fracasan pues solo tienen en cuenta sus expresiones de superficie. Los procesos y las deformaciones estructurales, existentes tras ellas, no son siquiera mencionados. Incluso debatirlos, conlleva un serio riesgo. El contexto cultural castiga a quienes lo practican, colocándolos “fuera del paraíso” (cargos, subsidios, y similares), de la academia, de la política y de los medios de comunicación.

La crisis política se expresa bajo la forma de un espectro de posiciones profundamente distorsionado. Aunque en la práctica política de nuestro país encontramos un catálogo completo de ideologías, ambas, política e ideología, carecen de correspondencia.

En cualquier país del mundo, si trazamos el arco de posiciones políticas reales, podemos establecer una correspondencia aproximada a un espectro teórico de ideologías. Por el contrario, en Argentina, razones históricas mediante, aunque también encontraremos todo el espectro ideológico, ese abanico se ubica hacia el interior de los partidos políticos, sobre todo en las corrientes mayoritarias.

Esto es el producto histórico de haber ignorado el carácter multidimensional de la realidad. Y en el extremo, la realidad misma. El subjetivismo predominante considera una dimensión única (institucionalista, economicista, sociologista, etc.) definida previamente por la ideología y al margen de todo análisis. Y a esa realidad unidimensional se le aplican acciones con criterio voluntarista. Las corrientes, históricamente mayoritarias, tuvieron una visión sólo institucional de la realidad y excluyente de toda otra.

Dejaron fuera dimensiones tales como la económica y la social, ya asumidas desde hace más de un siglo por la conciencia social. Ni hablar de admitir las nuevas dimensiones de la realidad surgidas en el siglo XX. Esta gigantesca deformación no se observa en la historia de otros países.

Si revisamos la historia de los partidos políticos en Argentina, nos encontraremos con definiciones solo dirimidas en la dimensión institucional: una dicotomía acerca de cómo acceder al control político del Estado.

Y esto se expresó claramente en la segunda mitad del siglo XX. Regía la preeminencia del radicalismo y el peronismo. El primero planteaba el control político del estado a través de las instituciones republicanas; el segundo, a través de los factores de poder, adjudicando máxima importancia a la C.G.T. y a la C.G.E.).

El mensaje implícito en ambos, fue transparente: una vez fijado el objetivo institucional, la adhesión a él resultaba compatible con cualquier otro de origen económico, social, cultural, etc. Cumplido ese objetivo, el resto fluiría de manera natural y solo por añadidura. Y se tradujo en frases muy famosas en la historia política argentina, tales como “con la democracia se come, se cura, se educa”; “el sindicalismo es la columna vertebral del movimiento nacional”.

Hoy persiste esa misma deformación, en términos de una visión unidimensional. Se debate sólo alrededor de objetivos sólo económicos (economicismo) y de instrumentos solo institucionales (mercado o estado), al margen de sus efectos sociales, ambientales, etc.

La visión institucional, es herencia de periodos anteriores, donde las dicotomías en esa dimensión fueron dominantes. En el siglo XIX, todas las luchas políticas giraron alrededor de la cuestión institucional. Fueron enfrentamientos en temas tales como, independencia, federalismo, constitución nacional, códigos de base (civil, comercial y penal), separación Iglesia-Estado (enseñanza laica y matrimonio civil), moneda única. Y culmina a inicios del siglo XX, con el voto secreto y obligatorio.

Esa dimensión institucional, también fue importante en periodos específicos del siglo XX. Sobre todo en coyunturas donde las condiciones socio-económicas fueron auspiciosas, debido a situaciones internacionales favorables para Argentina. Y también en periodos de dictadura militar, donde la recuperación de la democracia, se convertía en el objetivo central.

Pero comenzaron a surgir problemáticas en dimensiones cruzadas con la institucional. Fueron largos periodos de profundo deterioro de las condiciones socioeconómicas (1930-1945 y 1975 en adelante). A ello se sumó la aparición, en la conciencia social, de nuevas dimensiones de la realidad, asumidas de manera masiva a lo largo del siglo XX: ambiental, biológica, sexual, etc.

Todos esos nuevos campos de la realidad, conformaron una compleja realidad multidimensional, donde aquellas definiciones de la política, referidas únicamente a la dimensión institucional, no solo resultaron insuficientes. Generaron una visión deformada de la realidad.

Frente a cambios abruptos en la dimensión socio-económica y la aparición de nuevas dimensiones de la realidad, los partidos políticos, en lugar de asumirlas, eludieron toda definición sobre ellas. Jamás encararon un debate sistemático para incorporarlas, Y toda pretensión de incorporarlas, fueron quirúrgicamente eliminadas.

No por casualidad, cada vez que el Congreso debió votar leyes de fondo referidas a las nuevas dimensiones de la realidad (divorcio, aborto, matrimonio igualitario, etc.) los parti-

dos políticos otorgaron a sus legisladores “libertad de conciencia” para el voto, generando un antecedente fundamental para el futuro de la política: los bloques transversales.

Y en el caso específico de políticas en las dimensiones económica y social, solo se trataron en términos de sus instrumentos institucionales: o estado o mercado. Nunca de bloquear o quebrar los procesos deformantes de su estructura productiva y social.

Mientras tanto, el sistema cultural se encargaba de moldear las posiciones políticas frente a las nuevas problemáticas de la realidad. Y lo hacía a través de un sistemático bombardeo de mensajes de neto cuño subjetivista y voluntarista.

El contexto cultural y no los partidos políticos, estaban diseñando el futuro de la política, influyendo sobre toda la sociedad, incluyendo a dirigentes, afiliados, y simpatizantes de esas agrupaciones. Y a todos sus votantes.

Se fue conformando una deformación ideológica mayúscula. Por un lado, partidos políticos promoviendo una visión unilateral de la realidad, por el otro, un contexto cultural moldeando la visión global, pero bajo pautas subjetivistas y voluntaristas. Y potenciadas por una típica interpretación extremista. Aunque, de manera paralela también se generó toda la gama de ideologías, su práctica concreta quedó unificada bajo las mismas pautas filosóficas

Y resulta visible cuando observamos a los militantes de todos los partidos políticos, volcados a la búsqueda frenética de “culpables de carne y hueso”, de los males de la Argentina. El versus de los procesos autónomos. Eso sí, nunca entre los “nuestros”, siempre entre “los otros”. Demasiado parecido a lo sucedido en siglos anteriores con el señalamiento de brujas culpables de pestes y sequías y por lo cual debían ser enviadas a la hoguera.

El resultado concreto, partidos políticos mayoritarios, indefinidos respecto a los complejos problemas de una realidad multidimensional. Sólo definiciones y acciones en la dimensión institucional. Todo otro problema era solucionable con solo identificar al culpable y defenestrarlo. Una forma concreta de simplificar. O porque en lo sencillo radica la verdad o para que las masas entiendan.

Esa visión unidimensional de la realidad fue un factor fundamental para generar un arco de posiciones políticas, de manera independiente a las ideologías, e hizo posible contener, dentro de cada partido político, todo el espectro ideológico. Y con efectos negativos muy definidos: neutralizó su accionar, tanto en su rol de oposición, como en el de sus acciones de gobierno. Estuvieron inmovilizados, pues cualquier definición concreta, los colocaban en riesgo de ruptura.

Y esto produjo agudas deformaciones. Partidos políticos en función de gobierno, ejecutando medidas diametralmente opuestas a las sostenidas “desde el llano”; feroz oposición a medidas de su propia plataforma, cuando son ejecutadas por los “otros”; alianzas y rupturas “contra natura”, y un sinfín de absurdos. Con ese catálogo, el fracaso estaba servido.

Pudieron subsistir durante largo tiempo, pues las deformaciones provocadas por el contexto cultural, afectaban no solo a los partidos políticos. Para quienes los votaron, esos absurdos resultaban “normales”, pues estaban influidos por el mismo entorno cultural. Y se expresó, en la preeminencia de las corrientes neoliberal y populista, con apoyo mayoritario, a pesar de sus discursos confusos y estériles.

En términos de acciones concretas, terminaron desembocando en políticas pendulares. La ausencia de continuidad de políticas en el mediano y largo plazo, impidió verificar su efectividad a mediano y largo. Además, al ignorar los problemas estructurales, en lugar de atenuar sus efectos regresivos, sus políticas contribuyeron a profundizarlos.

Y de esa mirada unidimensional, un recorte artificial de la realidad, ignorante de la existencia de otras dimensiones y de sus procesos autónomos, sólo podían surgir políticas institucionales derivadas de la dicotomía Estado-Mercado. Pero ninguna de ellas, podría llegar a rozar los procesos y sus deformaciones estructurales, haciendo posible su continuidad, pues en su rumbo jamás encontraron obstáculo alguno.

Incluso, todas esas políticas, orientadas sólo a atenuar efectos regresivos en el corto plazo; en horizontes más extensos, contribuyeron a profundizarlos. Lo hemos visto en casos concretos, tales como inflación, pobreza, etc.

El sistema cultural no solo produce estas deformaciones en la acción política, también las retroalimenta de manera permanente. Y lo hace a partir de recrear determinadas formas de percepción de la realidad. Aunque esa mirada sobre la realidad, en términos teóricos, puede oscilar entre el objetivismo y el subjetivismo, existe un amplio predominio de este último, debido a su práctica masiva, adoptada de manera consciente o intuitiva, a partir de la presión ejercida por el contexto cultural.

En ese “mundo”, en lugar de procesos, sólo impera la voluntad y las acciones políticas de los gobiernos. Y por razones históricas, alrededor de una única dicotomía institucional: la preeminencia, o bien de las instituciones republicanas, o bien de los factores de poder. Y sus instrumentos posibles, también derivan únicamente del campo institucional. O el estado, o el mercado.

Sin embargo, ni esos criterios, ni sus instrumentos, pueden frenar y menos aún quebrar, las deformaciones estructurales generadas por los procesos autónomos, y sus persistentes efectos en superficie. Mientras tanto la sociedad comenzaba no solo a percibir una realidad multidimensional, También sufría sus embates.

3.- Diagnóstico de la dimensión política

Debemos analizar, de manera objetiva, los elementos distorsionantes de la realidad. Al respecto revisaremos el papel del contexto cultural, y en particular, el de las ciencias de la sociedad.

3.1.- El papel del contexto cultural

Bajo este diagnóstico, la cuestión cultural se convierte en un punto crucial para una acción política alternativa. Sin embargo, no está contemplada en ninguna estrategia. Incluso se otorga prioridad a criterios diametralmente opuestos. Un ejemplo resulta de la batalla alrededor del “control de la calle”. Ya sea para tomarla, o para reprimirla.

Sin embargo, tanto esa movilización como su represión, poseen una bajísima incidencia electoral. Su prueba empírica, contrastando movilizaciones masivas respecto a resultados electorales resulta contundente. Incluso debería investigarse la hipótesis inversa: las movilizaciones, jugando en contra en la instancia electoral.

Y esto sucede porque las autoridades se definen, no en la “calle”, sino en el escenario electoral, donde la influencia del contexto cultural resulta crítica. Incluso, quienes juegan al

control de la calle, atribuyen el origen de todos los males a las decisiones de los funcionarios electos. Pelean por “la calle” mientras atribuyen todos los males al gobierno de turno surgido de los resultados electorales. Mayor contradicción, imposible.

Mientras transcurren estos debates alrededor de falsos problemas, el predominio de los factores culturales, aunque ignorados, resultan determinantes de los resultados electorales. Y sus distorsiones resultan de tal magnitud, que de pronto, nos encontramos entregando la banda y el bastón a un Milei.

El contexto cultural (educación familiar y formal, medios de comunicación, publicidad, etc.), presiona, “urbi et orbi” hacia una mirada subjetiva y voluntarista. Y en el muy particular caso de Argentina, interpretada de manera extrema. La militancia de los partidos políticos vuelca toda su capacidad hacia la búsqueda frenética de consignas imposibles de confirmar o refutar.

Veamos como funciona esto. Las condiciones históricas de alta volatilidad, hicieron posible, tanto periodos de crisis profundas, como periodos de crecimiento. Algunos de estos con distribución del ingreso progresiva. En otros periodos, regresiva.

Las diferentes orientaciones, eligen, de entre esos periodos, y de manera arbitraria, uno de ellos al cual categorizan como “épico”. Son periodos a los cuales deberíamos volver para recuperar nuestra identidad. Se ignoran los procesos y los cambios socio-económicos, producidos desde aquel entonces hasta el presente, haciendo imposible la recuperación de esas condiciones.

Tras de esto, un supuesto. El sólo deseo de algo, hace posible concretarlo. Para ello sólo se necesita la ideología adecuada y llevarla adelante con decisión y valentía. El nivel de voluntarismo es extremo y enfermizo.

La psicología social llama a esto pensamiento desiderativo. Significa decisiones adoptadas en función de lo deseado, en reemplazo de un análisis objetivo de la realidad. Toda la política está plagada de confusión entre deseo y realidad.

Eligen, de manera arbitraria, un periodo al cual deberíamos volver porque fuimos “potencia”. Hoy los grupos extremos del neoliberalismo y del populismo, políticamente mayoritarios (y supuestamente “opuestos”), **plantean la misma meta: “Argentina Potencia”**. En el actual contexto de Argentina y el mundo, esa consigna se parece más, a una desviación psiquiátrica, que a un planteo político.

Esos periodos “épicos”, se ubican, para el neoliberalismo, entre fines del siglo XIX e inicios del siglo XX. Para el populismo, en la década posterior a la postguerra, a mediados del siglo XX. En lugar de una metodología científica aplicada a la historia (inmersión en todas las dimensiones de la realidad del periodo a investigar), se toman sólo sus personajes representativos, a los cuales se atribuye la intención de obtener los efectos considerados épicos. Y de los instrumentos utilizados en esas políticas, solo se resaltan los vinculados al “mercado” o al “estado”.

De allí surgirán las diversas rotulaciones polares (libre empresa-estatismo; popular-antipopular, etc.), luego trasladadas, de manera mecánica, al resto de periodos. De esa manera construyen, un hilo conductor atravesando todos los periodos. Las ideologías y sus luchas aparecen “congeladas” a través de siglos. Para mentes modeladas por el contexto cultural, es una demostración más, de la “verdad”.

Otras deformaciones por presión del contexto cultural generando errores equivalentes en políticas aparentemente opuestas:

- Adjudicar, todo lo considerado “problema”, a la maldad congénita del “enemigo de turno”
- Justificar todas las políticas en base al concepto de “poder”, el más oscuro, impreciso e indefinible de la sociología
- Proponer medidas suponiendo a la sociedad como una plastilina moldeable a voluntad
- Fijar como objetivo político el “control” de la calle, ya sea para ocuparla o para reprimirla, ya referido.

El voluntarismo es llevado a su máxima expresión. Y su práctica, implica rechazar de plano una mirada objetiva. No solo un rechazo implícito. Se declama su imposibilidad absoluta, a través del aforismo nietzscheano: “la realidad no existe, solo existen opiniones sobre esa realidad”.

De esa manera, justifican no realizar la fase analítica previa a las decisiones políticas. Pueden (o “deben”; o “tienen derecho a”) construir su propia realidad. Están trasladando los instrumentos de la subjetividad al análisis político.

La subjetividad es una forma de análisis filosófico muy importante a fin de evaluar cuestiones tales como, las relaciones interpersonales (porque amor u odio hacia personas o grupos), la estética (porque me gusta o no, una obra de arte), las religiones (porque creo o no en un ser superior), la felicidad individual, y similares. Pero el traslado de esa metodología al ámbito de la política, ha sido utilizada para justificar las ideologías más regresivas de la historia.

Y cuando esa práctica es asumida por grupos autodenominados progresistas, ya se convierte en una actitud suicida. Están dando la batalla en el terreno equivocado. Allí es donde históricamente, han primado las ideologías más regresivas. El juego está perdido antes de “entrar a la cancha”.

3.2.- El papel específico de las ciencias de la sociedad

Dentro del papel de la cultura en la acción política, juega un rol fundamental las ciencias de la sociedad. En lugar de nutrir la política a partir de criterios filosóficos subjetivistas, los fundamentos deberían buscarse en el universo de las ciencias de la sociedad, y bajo criterios de objetividad.

En el caso del progresismo, aunque acepta y promueve la objetividad en materia de ciencias de la naturaleza, rechaza de plano su utilización en ciencias de la sociedad. De manera solapada introducen el criterio de una metodología en ciencias de la sociedad, como “necesariamente” opuesta a la de ciencias de la naturaleza.

Aunque real la diferencia entre esas materias, su divergencia radica, no en la metodología de investigación sino en sus caracteres inherentes. La naturaleza supone procesos universales y repetitivos, mientras en el campo social, existen procesos específicos a ser ubicados históricamente. Pero en ambos, se trata de procesos, solo posibles de conocer, mediante métodos objetivos.

El progresismo, bajo el manto de suponer metodologías opuestas entre la naturaleza y la sociedad, sin dar fundamento alguno, reemplaza la fase analítica por la ideología. Están negando la necesidad del diagnóstico previo, es decir, el conocimiento objetivo de la realidad, antes de adoptar decisiones. Al adjudicar a la ideología un papel sustitutivo del diagnóstico objetivo, introducen de contrabando, la subjetividad y el voluntarismo del contexto cultural, en el accionar político.

Incluso llegan a justificar esa aplicación de la subjetividad a las ciencias sociales, como “superadora” de las deformaciones introducidas por la academia, cuyos métodos se rechazan por “científicistas”. Pero en lugar de oponer una alternativa científica de base objetiva, oponen un análisis subjetivo. Todas las consecuencias de las decisiones de gobierno, son atribuidas a las intenciones “malévolas” o “bondadosas” de los actores sociales. Algo siempre imposible de verificar de manera objetiva, pues queda en el terreno de las “creencias”.

Y a esto lo catalogan como “análisis político”, superador del científico académico en materia de ciencias de la sociedad. Y fundamentado en la naturaleza “diferente” de la investigación social respecto a la naturaleza.

Sin embargo, ninguno de esos análisis, ni el científico académico, ni el análisis político subjetivo podrían alcanzar el status de científico, pues aunque con métodos diferentes, en ambos, la ideología reemplaza la fase analítica.

Por el contrario, la política necesita basarse en el análisis objetivo de los procesos en la sociedad. La única forma de otorgar científicidad a las ciencias de la sociedad resulta de investigar sus procesos y ubicarlos históricamente, a fin de decidir si respecto a ellos, debemos intentar usufructuar, reorientar, neutralizar o quebrar esos procesos. Y para adoptar esa decisión, resulta necesario aplicar ideología. Son decisiones con fundamento ideológico, pero a partir del conocimiento de los procesos reales y no de escenarios imaginarios (utopías) elaborados por la mente.

Pero tanto el científico académico como el análisis “político”, de hecho, rechazan de plano la existencia de esos procesos. Debido a la ausencia de su percepción directa y la imposibilidad de su medición, declaran su inexistencia. Y convierten a las ciencias de la sociedad (economía, sociología, antropología, psicología social, etc.), en una mera técnica, con la cual, resultaría posible, modificar la realidad en cualquier sentido imaginable. Por ejemplo, en economía, con técnicas de estado o de mercado (regulación-desregulación) resulta posible modificar y de manera radical, la economía. Incluso la sociedad misma.

Bajo criterios subjetivos y voluntaristas, resulta posible construir en nuestra mente, cualquier forma de realidad. Y para concretar su reforma, basta desearlo de manera ferviente y “poner huevos” para obtenerlo. En economía, o bien un capitalismo en estado puro, eliminando toda forma de intervención del estado, o bien un capitalismo redistributivo en base a un estado fuerte y omnipresente. Todo el debate se reduce a la dicotomía estado – mercado, y a sus instrumentos regulatorios y desregulatorios.

Y mientras, a lo largo de décadas, transcurre este largo, farragoso y falso debate, hoy en su punto más alto (Ley Ómnibus y DNU 70/2024), los procesos deformantes de la estructura productiva, pueden proseguir libremente su marcha, profundizando los problemas estructurales y agravando sus efectos en superficie. De esa manera pueden llegar (¿o ya llegaron?) a puntos de inflexión donde puede llegar a resultar imposible, cualquier intento de contención.

Los problemas se potencian porque ninguna medida surgida de la dicotomía estado-mercado, puede siquiera llegar a rozar esos procesos y evitar las deformaciones producidas. Mientras tanto, “la gota de agua horada la piedra”, y explica la sistemática profundización de las crisis, tanto por los procesos como por las políticas pendulares.

De mantenerse los criterios políticos actuales, subjetivos y voluntaristas (y en Argentina practicados en versión extrema), será inexorable la continuidad y potenciación de los problemas. Incluso llevando esos puntos de inflexión a situaciones de no retorno. Es el caso de una eventual dolarización, o por decisión gubernamental o impuesta por mercados profundamente deformados.

4.- Una alternativa resulta posible

De un análisis objetivo preliminar de las condiciones políticas, surge como principal expresión de ese retroceso, la profunda deformación de todo el arco político. Resulta visible en partidos políticos conteniendo dentro de su seno a todo el espectro ideológico. Y sus decisiones basadas en una sola dimensión y concretadas en base a un voluntarismo **complementario**. Esto hace posible, deformaciones, tanto en sus acciones de gobierno como en la oposición a ellas, por realizarse al margen de una realidad multidimensional, solo posible de visibilizar mediante métodos objetivos.

Pero también la magnitud de esa crisis política en retroalimentación permanente con la de corte económico y social, ha llevado el proceso a un punto tal de inflexión, que coadyuva a esclarecer las alternativas de salida. Así como hace posible un Milei Presidente, su accionar concreto, en base a la provocación permanente basada en un ideologismo dogmático y extremo, también nos dice, “y a gritos”, cuáles han sido los graves errores políticos cometidos para llegar detentar un Milei Presidente, y así, alumbrar el camino hacia una corrección del rumbo.

Bajo estas nuevas condiciones resulta posible delinear un análisis objetivo. Comienza a modelarse en la conciencia social, la trampa mortal que significa haber practicado su versus. Y con ello, el papel de la dimensión cultural y de las ciencias sociales en particular.

Esclarece el porqué, haber dado la batalla política en el terreno del subjetivismo y el voluntarismo resultó, para los sectores autodenominados progresistas, una actitud suicida, pues ése, siempre ha sido el ámbito natural de las corrientes políticas más regresivas de la historia mundial. La batalla estaba perdida de antemano.

Esa forma de hacer política, en lugar de aportar esclarecimiento, contribuyó a generar un grado mayúsculo de confusión, haciendo posible, entre otros efectos, una crisis política generalizada y la aparición de un Milei. Pero la profundidad de la crisis, también contribuye a esclarecer una salida.

Hemos visto como en Argentina se ha generado un arco político profundamente deformado respecto al espectro ideológico. Pero ahora, en ese abanico, **Milei ha fijado, y de manera contundente, el mojón del punto extremo del pensamiento regresivo, compatibilizando en ese hito, política e ideología.**

Y ese jalón se consolida, haciendo posible la incorporación de quienes, siempre han participado de esos criterios, pero hasta ahora, han estado “refugiados” en el resto del espectro político. El cambio radical en las condiciones políticas, permite a quienes siempre han detentado criterios regresivos extremos, mostrarse como tales. Algo así como “salir del

closet”. De esa manera, sus opiniones, votos, militancia y ejecución de políticas, consolidan ese mojón regresivo extremo.

Pero la crisis no reordena solo ese hito. Abarca todo el abanico. Una catarata de información periodística sobre la actual fragmentación de alianzas, partidos y grupos, y los intentos de nuevas alianzas, para defender o defenderse de la desregulación, nos exime de demostrar la existencia de una crisis muy profunda en todo el espectro político.

Lo importante es ubicar esa crisis como parte de un proceso. Y como tal, detenta altos grados de autonomía, es decir, nunca sus efectos, pueden ser totalmente manipulados por sus actores.

Este nuevo fenómeno de un programa político de regresividad extrema, con apoyos masivos, aunque con efectos socio-económicos inmediatos muy negativos, puede llegar a incidir, de manera positiva, en el plano político y cultural. Y por esa vía, llegar a superar, sus graves efectos socio-económicos.

La crisis ha licuado la identidad de todos los grupos políticos. Estos contienen en su seno, las más diversas y opuestas ideologías, haciendo posible su indefinición en cuestiones cruciales. Ahora, con una explícita y contundente definición del mojón regresivo extremo, sostenido por quienes, hasta ahora, se habían guarecido bajo partidos políticos de formato borroso, obliga al resto del arco político, ya liberados de una “carga” que neutralizaba sus decisiones, a ubicarse en un tramo definido del arco político, y en correspondencia con una porción del espectro ideológico.

4.1.- Las condiciones actuales

Bajo estos cartabones, analicemos las condiciones actuales. La definición del hito más regresivo del arco político se expresó en el Decreto de Necesidad y Urgencia (DNU 70 - 2024) y en la Ley Bases (Ley Ómnibus), donde a través de cientos de artículos intentan una desregulación total de la economía y la sociedad argentina, afectando todas las dimensiones de la realidad, grupos sociales, sectores productivos, regiones, etc., ya adaptados durante décadas a esas regulaciones.

Es real la existencia de regulaciones para favorecer “amigos”, otras mal diseñadas y/o instrumentadas, otras no actualizadas e incluso algunas ya convertidas en ridículas. Sin embargo, existen algunas imprescindibles, derivadas de criterios de soberanía, defensa económica, compensación social, etc. Son las denominadas “fallas de mercado”.

Frente a esta compleja realidad, las acciones políticas deberían encararse, no como una desregulación sino como una re-regulación. Sin embargo, el ideologismo compulsivo del accionar gubernamental, los lleva a definirse contra todo tipo regulación, sin discriminación alguna entre ellas.

El criterio de una desregulación “a destajo”, ha sido explicado por Milei en su exposición en la Conferencia de Davos (ver más abajo). Desde ese punto de vista, los instrumentos lanzados (DNU y Ley “Bases”), representan, por un lado, una “toma de posición simbólica”, por el otro, una provocación para hacer inevitable su rechazo parcial por los legisladores, y así justificar un punto límite de negociación, para retirar el proyecto. Todos los indicios señalaban la intención de no tratarlos. Sólo pretende un caos legislativo y judicial a fin de servir de excusa para hacerlo por vías no parlamentarias.

Y de paso, crear una cortina de humo sobre el verdadero ajuste. Éste es realizado a partir de expandir el proceso inflacionario ya existente y la consiguiente pérdida del ingreso real de jubilados y trabajadores y sus efectos sobre el resultado fiscal y la tasa de ganancia empresaria.

La historia de la economía argentina nos dice que cuando se deja escapar la “presión” generada por las deformaciones visibles en superficie, resulta posible volver a una relativa y pasajera calma de las variables financieras.

Esas deformaciones de superficie generan una “presión” insoportable, visible en los precios relativos distorsionados (entre bienes y servicios; entre bienes nacionales e importados, entre dólar libre y oficial, entre bienes regulados y no regulados, entre inflación y tasa de interés, entre demanda y oferta monetaria, etc.); y los déficits gemelos (fiscal y externo).

Y resulta posible descomprimir esa presión, mientras haya “alguien que pague” el costo social del realineamiento de las variables. Y una forma de “pagarlo” es mediante el ajuste fiscal y externo, deterioro del poder adquisitivo y recesión.

Pero esa descompresión, en lugar de realizarse de manera controlada a través de una “válvula de escape” para que su costo social resulte equitativo, en lugar de atenuar la presión, se la exacerba previamente (con más inflación y recesión) para soltar la presión mediante “volar la tapa de olla”, dejando tras de sí, una caterva de heridos graves en los sectores más vulnerables.

Esta metodología regresiva, y de agresividad extrema, al menos deja en claro cuál es el verdadero problema. Hasta ahora ha sido un falso debate alrededor de **“sí al ajuste” o “no al ajuste”**. **Ahora sabemos, el problema no radica el ajuste sino en quien lo paga.**

Por otra parte, ese tipo de ajuste, de manera independiente a quienes lo paguen, nunca podrían llegar siquiera a rozar los procesos y sus deformaciones estructurales. Aun teniendo “éxito”, bajo cualquiera de esas formas (con “válvula de escape” o “volando la tapa de la olla”), al cabo de un tiempo, será inevitable, se reproduzcan las mismas deformaciones, y agravadas.

Allí es cuando aparecen descripciones periodísticas de la economía argentina tales como “chocar siempre con la misma piedra”, “el día de la marmota”, “la aparición de un cisne negro”, etc., pero sin entrar a indagar las fuentes de esa reproducción. No solo es necesario un ajuste orientando la carga de su costo social. En el mediano y largo plazo, también deberán ser quebrados sus procesos generadores, por ahora, olímpicamente ignorados.

4.2.- Su impacto político.

La subjetividad extrema del accionar político también esconde una trampa para sus ejecutores. Estamos frente a procesos autónomos, cuyo carácter fundamental radica en generar consecuencias no manipulables por quienes ejecutan las políticas.

Aunque la lógica neoliberal indica modificar (eliminar o corregir) sólo las regulaciones desfasadas de los criterios economicistas, el delirio extremista del actual gobierno, por el contrario, apunta a todas, sólo por ser regulaciones. Y es allí donde la ideología anarco-capitalista, se les convierte en una trampa, pues arremeten contra regulaciones inevitables, orientadas a superar “fallas” del propio capitalismo.

Uno de los casos más notables deriva de la renuncia a la soberanía de las 200 millas marinas, que hace posible fijar una zona exclusiva de pesca en el mar argentino. Un caso similar resulta de la desregulación laboral, cuya ejecución ya ha sido prohibida por la justicia laboral.

Y esa anulación de regulaciones inherentes al propio sistema capitalista, orientada a balancear sus efectos negativos sociales y económicos internos e internacionales, esclarece los verdaderos objetivos de la política actual. Justamente es el punto donde la sociedad reacciona. Y lo hizo través de gobernadores, legisladores, partidos, sindicatos, organizaciones sociales, y similares, etc.

El gobierno ha creado, de hecho, condiciones revulsivas en la sociedad, obligando a partidos políticos y otras organizaciones de la sociedad a redefinir su relación frente a tan contundente, extrema y delirante propuesta.

Los partidos se ven compelidos a reubicarse en el abanico político, pero esta vez, en correspondencia a un espectro ideológico, como respuesta a la fijación de una posición regresiva extrema, con fuerte compatibilidad entre política e ideología. Las condiciones creadas por el propio gobierno, ahora exigen, posiciones categóricas, y en correspondencia con el espectro ideológico.

Esto, no solo reordena y modifica posiciones en el arco político, sino también hace posible modificar el enfoque de la realidad, pues deja al desnudo las ridiculeces a las que es posible llegar con un discurso basado en la versión extrema del subjetivismo y el voluntarismo. Allí se mezclan política, ideologías extremistas, y hasta mística religiosa, desembocando en políticas de regresividad extrema. Un cóctel verdaderamente explosivo.

4.3.- Las preocupaciones de Milei

El discurso de Milei en Davos del 17 de Enero, desnuda ese tipo de pensamiento y accionar y explica el por qué puede convertirse en un punto de inflexión de la práctica política.

4.3.1. El texto del discurso en Davos

Leamos algunos párrafos donde los comentarios al margen resultan innecesarios. Solo basta el subrayado para fijar la atención.

“Hoy estoy acá para decirles que Occidente está en peligro. Está en peligro porque aquellos que supuestamente deben defender los valores de occidente se encuentran cooptados por una visión del mundo que inexorablemente conduce al socialismo y, en consecuencia, a la pobreza.

Lamentablemente, en las últimas décadas, motivados algunos por el deseo bien pensante de querer ayudar al prójimo y otros por el deseo de pertenecer a una casta privilegiada, los principales líderes del mundo occidental han abandonado el modelo de la libertad por distintas versiones de lo que nosotros llamamos colectivismo. {....}

Digo que occidente está en peligro justamente porque en aquellos países que debiéramos defender los valores del libre mercado, la propiedad privada, y las demás instituciones del libertarismo, sectores del establishment político y económico, algunos por errores en su marco teórico y otros por ambición de poder, están socavando los fundamentos del li-

bertarismo, abriéndole las puertas al socialismo y condenándonos potencialmente a la pobreza, a la miseria y al estancamiento. { . . . }

El problema esencial de occidente hoy es que no sólo debemos enfrentarnos a quienes, aun luego de la caída del muro y la evidencia empírica abrumadora, siguen bregando por el socialismo empobrecedor; sino también a nuestros propios líderes, pensadores y académicos que, amparados en un marco teórico equivocado, socavan los fundamentos del sistema que nos ha dado la mayor expansión de riqueza y prosperidad de nuestra historia.

El marco teórico al que me refiero es el de la teoría económica neoclásica, que diseña un instrumental que, sin quererlo, termina siendo funcional a la intromisión del estado, el socialismo, y la degradación de la sociedad.

El problema de los neoclásicos es que como el modelo del que se enamoraron no mapea contra la realidad, atribuyen el error a supuestos fallos del mercado en vez de revisar las premisas de su modelo.

So pretexto de un supuesto fallo de mercado se introducen regulaciones que lo único que generan es distorsiones en el sistema de precios, que impiden el cálculo económico, y en consecuencia el ahorro y la inversión.

Este problema radica esencialmente en que ni siquiera los economistas supuestamente liberales comprenden qué es el mercado, ya que si se comprendiera se vería rápidamente que es imposible que exista algo así como fallos del mercado.

Un ejemplo de los supuestos fallos del mercado que describen los neoclásicos son las estructuras concentradas de la economía. Sin embargo, es precisamente la acumulación de capital lo que explica el crecimiento exponencial del PBI global en los últimos 200 años. { . . . }

Otros presuntos fallos de mercado que para los economistas neo-clásicos terminan justificando la intervención del estado en la economía son los bienes públicos, las externalidades negativas, la información asimétrica y los fallos de coordinación.

El dilema que enfrenta el modelo neo-clásico es que dicen querer perfeccionar el funcionamiento del mercado atacando lo que ellos consideran fallos, pero al hacerlo no sólo le abren las puertas al socialismo, sino que atentan contra el crecimiento económico.

Dicho de otro modo, cada vez que ustedes quieran hacer una corrección de un supuesto fallo de mercado, inexorablemente, por desconocer lo que es el mercado o por haberse enamorado de un modelo fallido, le están abriendo las puertas al socialismo y están condenando a la gente a la pobreza. { . . . }

Dado el estrepitoso fracaso de los modelos colectivistas y los innegables avances del mundo libre, los socialistas se vieron forzados a cambiar su agenda. Dejaron atrás la lucha de clases basada en el sistema económico para reemplazarla por otros supuestos conflictos sociales igual de nocivos para la vida en comunidad y para el crecimiento económico.

La primera de estas nuevas batallas fue la pelea ridícula y anti natural entre el hombre y la mujer. { . . . }

Otro de los conflictos que los socialistas plantean es el del hombre contra la naturaleza. { . . . }

Occidente, lamentablemente, ya comenzó a transitar este camino. Sé que a muchos les puede sonar ridículo plantear que occidente se ha volcado al socialismo. Pero sólo es ridículo en la medida que uno se restringe a la definición económica tradicional del socialismo, que establece que es un sistema económico donde el estado es el dueño de los medios de producción.

Esta definición debiera ser, para nosotros, actualizada a las circunstancias actuales. Hoy los estados no necesitan controlar directamente los medios de producción para controlar cada aspecto de la vida de los individuos.

Con herramientas como la emisión monetaria, el endeudamiento, los subsidios, el control de la tasa de interés, los controles de precios y las regulaciones para corregir los supuestos “fallos de mercado”, pueden controlar los destinos de millones de seres humanos.

Así es como llegamos al punto en el que, con distintos nombres o formas, buena parte de las ofertas políticas generalmente aceptadas en la mayoría de los países de occidente son variantes colectivistas. Ya sea que se declaren abiertamente comunistas, o socialistas, socialdemócratas, demócratas cristianos, neo keynesianos, progresistas, populistas, nacionalistas o globalistas. { . . . } (Recomendamos –imploramos– su lectura completa en: <https://www.casarosada.gob.ar/informacion/discursos/50299-palabras-del-presidente-de-la-nacion-javier-milei-en-el-54-reunion-anual-del-foro-economico-mundial-de-davos>

Y reafirma estos conceptos en su alocución en la Conferencia Política de Acción Conservadora (CPAC), en Washington, Estados Unidos del 24 de Febrero. Cf. en <https://www.casarosada.gob.ar/informacion/discursos/50371-palabras-del-presidente-de-la-nacion-javier-milei-en-la-conferencia-politica-de-accion-conservadora-cpac-en-washington-estados-unidos>

4.3.2.- Milei y las regulaciones

Una aclaración previa. Lo expresado por Milei en Davos, expuesto por un estudiante de economía frente a una mesa examinadora de cualquier universidad “top” del mundo, se convertiría en un formidable “bochazo”.

Sin embargo, un docente de mente abierta, antes de reprobar al alumno, le pediría, al menos, la justificación teórica de lo expresado. Pero no podría hacerlo, pues su único fundamento es puramente ideológico y subjetivo. Muy (demasiado) parecido a los “misterios” de una religión. Y allí sí, sobrevendría el inevitable “bochazo”.

Esta obsesión de Milei contra las regulaciones, convirtiendo al capitalismo actual en “colectivista”, está volcada en el DNU 70/2024 y el proyecto de Ley Bases (Ley “Ómnibus”). Y deriva de rechazar de plano la existencia de procesos autónomos en la sociedad. Ni siquiera existe “la” sociedad, solo existirían los individuos. A partir de esa concepción se declara la inexistencia de las “fallas de mercado”, una excepción a las “leyes de mercado”, con el cual el propio neoliberalismo justifica las regulaciones existentes en todo el mundo.

A contrapelo de la mayoría de las repercusiones periodísticas, haciendo centro en el impacto causado en el primer mundo por su acusación de ideologismo socialista en las polí-

ticas de los países centrales y en la agenda de los organismos internacionales, nosotros haremos hincapié en la existencia de condiciones objetivas para tener a un Milei, gravemente preocupado.

4.3.3.- El origen de las regulaciones

Intentaremos, explicar las raíces del núcleo de la exposición de Milei, es decir, el ataque indiscriminado a las regulaciones. Para ello, haremos su análisis, partiendo de su base material, ubicada históricamente.

El capitalismo en su forma original, nace de un salto tecnológico abrupto y disruptivo (motores a vapor para las maquinas herramientas, y el transporte -barcos y trenes-, y la transmisión instantánea de información -telégrafo-).

Pero no fue “la” tecnología, sino un estadio histórico específico de ella. La potencial existencia de mercados masivos, derivados del proceso de descubrimiento, conquista y colonización, necesitaban de una tecnología superadora de la artesanal, en base a herramientas de mano, características del periodo feudal.

Y esa nueva tecnología estaba disponible (máquina herramienta movida a vapor). Pero para resultar rentable y reproducible, exigía algunos requisitos: producir en gran escala, conservar y ampliar los mercados, y combinar determinadas dosis de insumos.

Fue una tecnología específica denominada, “de rendimientos decrecientes”, haciendo referencia a los efectos de no cumplir con esos requisitos. Para evitar esos efectos negativos, fue necesario crear la presencia de un “dueño” o “gerente”, dedicado por entero a cumplir con esos requisitos.

En ese sentido fue necesaria “regular” la propiedad de los bienes. Se estableció la forma privada como excluyente. Y fue suficiente para el funcionamiento de aquel capitalismo.

Sin embargo, los procesos tecnológicos, prosiguieron su marcha ineluctable, de manera independiente al sistema socioeconómico. Y esos cambios, comenzaron a crear tensiones en el sistema de relaciones sociales del capitalismo, derivado de esa propiedad privada. Y para evitar su quiebre, se fueron colocando “parches” institucionales. Fueron las denominadas regulaciones, cuyo objetivo resultaba de realizar cambios, a fin salvar lo considerado fundamental, es decir, las relaciones sociales basadas en la propiedad privada.

Aparecen las regulaciones laborales como válvula de escape de las tensiones creadas entre empresarios y trabajadores; aparecen regulaciones comerciales para superar tensiones entre los productores de una misma cadena, y de éstos con los consumidores; aparecen los bancos centrales para superar la tensiones producidas por el quiebre del patrón oro, y así hasta el infinito.

Pero esa propiedad privada (y en su momento, revolucionaria), ahora, para el anarco-capitalismo, ya no es más una relación social histórica. Se lo declara un “derecho natural” y por ende, inmutable a través del tiempo, equivalente al derecho a la vida.

La Iglesia Católica Apostólica Romana, reconocida como guardiana histórica de los derechos naturales, frente a una consulta formal de la OIT, se ha pronunciado de manera categórica: la propiedad privada no forma parte de los derechos naturales del género humano. Entra en la categoría de derechos secundarios. (Ver Encíclica Fratelli Tutti - punto 120 -) <https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco-20200922-fratelli-tutti.html>

francesco_20201003_enciclica-fratelli-tutti.html y video de exposición papal en: <https://www.youtube.com/watch?v=Iydh-uTWX7g>). De allí surge la calificación a la figura del Papa como “el maligno sobre la tierra” por parte del anarco-capitalismo.

A pesar de la vulgaridad reinante en estos fuegos de artificio, *la preocupación esbozada en el discurso de Milei en Davos, posee fundamentos muy concretos*. La continuidad impertérrita de los avances tecnológicos, ya hacia fines del siglo XIX, había creado bienes y servicios con caracteres diferenciales respecto a los existentes al inicio del capitalismo.

Aquellos estaban destinados a un beneficiario excluyente, y por ende debía financiarlo (una silla, una sartén, una camisa, un ladrillo, un alimento). La diferencia con los bienes en el sistema feudal, radicaba en haberse transformado desde bienes de uso, hacia bienes de cambio. Pero la marcha de la tecnología, la ampliación de los mercados y los avances culturales, hicieron posible la creación de bienes y servicios enteramente nuevos, y con un carácter diferencial: a la par de un beneficio individual, generaba beneficios y pérdidas sociales.

Varios casos a inicios del siglo XX, tales como los servicios de infraestructura, y servicios sociales. Los de infraestructura (energía, transporte, comunicaciones, urbanismo (cloacas, agua corriente, etc.), a la par de prestar un servicio y beneficio individual, estaban creando beneficios sociales de gran magnitud tales como crecimiento, bienestar, etc. Un excedente social a capturar y distribuir. Y no posible de realizar a través del mercado y su sistema de precios.

Y de manera simultánea, también creaba pérdidas sociales. P. ej., esa infraestructura generaba un monopolio natural con efectos negativos. Y tanto para capturar sus efectos positivos, como para neutralizar los negativos, aparecen las regulaciones.

A su vez, esos beneficios sociales derivados del crecimiento económico, facilitado por la infraestructura, produjeron nuevos bienes y servicios de neto beneficio social. El crecimiento debía ser apuntalado con servicios sociales (salud y educación). Y estos, aunque también generaban un beneficio individual (extensión de la esperanza de vida, mejores remuneraciones, etc.), sus beneficios sociales resultaban muy superiores y fueron tales como una población sana y educada, necesarios para apuntalar aquel crecimiento.

Y para su apropiación y distribución debían ser regulados. Allí aparecen los servicios públicos gratuitos de salud y educación, la obligación de la escolaridad primaria, la vacunación obligatoria de los niños, etc.

Y las regulaciones se convirtieron en un fenómeno generalizado. Fueron *necesidades vitales* del sistema capitalista y no producto de un *brote sicótico de estatismo*, tal como parece derivarse de la interpretación anarco-capitalista.

En continuidad con esa interpretación histórica, analicemos el mundo actual. Mientras el siglo XX se caracterizó por avances tecnológicos en términos de pequeñas innovaciones sucesivas (aparición y mejoras sucesivas de autos, artefactos para el hogar, etc.), los cambios en el siglo XXI, son posibles de resumir en la digitalización del proceso productivo y la manipulación del ADN. Ya no son innovaciones sino un verdadero salto, abrupto y disruptivo, con efectos institucionales y sociales.

Este giro resulta equivalente al impacto producido en el siglo XIX, cuando se generalizó el uso de las máquinas de vapor, y con ello la consolidación del capitalismo. Y por ello,

ahora aparecen nuevas regulaciones a fin de capturar y distribuir sus tremendos beneficios sociales, y neutralizar sus muy graves efectos negativos (efectos éticos y sociales derivados de la utilización de inteligencia artificial, de la manipulación del ADN, del reemplazo masivo de los puestos de trabajo por la robotización, etc.)

En ese sentido, los países centrales ya han emprendido una embestida regulatoria en gran escala. Las “fallas de mercado” ya no son una excepción a la regla del capitalismo, tal como lo interpreta la academia neoliberal. Ahora tiende a abarcar todo el proceso productivo mundial. La “excepción” se está convirtiendo en la “regla”.

El avance tecnológico disruptivo hace posible transformar el conocimiento en el principal insumo de todo el proceso productivo. Ese conocimiento fluye de manera independiente a las condiciones socio-económicas y la legislación internacional lo reconoce como de dominio público. Todos los bienes y servicios del espectro productivo están pasando, de otorgar sólo un beneficio individual, a generar beneficios y daños sociales en gran escala, y por ende, exigiendo regulaciones cada vez más fuertes.

4.3.4.- El porqué de la alarma de Milei

Bajo estos criterios, analizaremos los factores académicos y políticos que encienden la alarma expresada por Milei en Davos.

Las razones académicas están contempladas en su discurso cuando agrede a la escuela neoclásica por aceptar las fallas de mercado y con ello, justificar las regulaciones. Debemos tener en cuenta que “escuela neoclásica” es una expresión en lenguaje académico de la economía. Cuando lo traducimos al lenguaje político, nos encontramos con el neoliberalismo, corriente predominante en el currículum de las universidades “top” del mundo.

Milei está gravemente preocupado por la enseñanza de la corriente neoliberal de la economía. Por ello, sostener lo de Milei en Davos, en un examen de economía, en cualquier universidad del mundo, equivale a un formidable bochazo. Esa escuela neoclásica (neoliberal) reconoce las fallas de mercado, aunque solo como una excepción. Y la preocupación de Milei radica en, aun siendo consideradas una excepción, dejar una puerta abierta (un “portonazoson”, diríamos nosotros) para justificar y aceptar su generalización actual.

Las razones políticas radican en la agenda prioritaria de temas internacionales en los países centrales. En todas ellas figura, de manera casi excluyente, realizar nuevas regulaciones y adaptar (re-regular) las anteriores.

En ese sentido, ya existen a nivel mundial, limitaciones a la propiedad privada (prohibición de patentes de invención de vacunas universales y de métodos de manipulación del ADN); impuestos mundiales a empresas multinacionales; control de la inteligencia artificial, de las plataformas de servicios digitales, de la desinformación en redes sociales, de la ciber-delincuencia, del ambiente, del género, de la protección de la privacidad, control de inversiones extranjeras, etc.

Y todas con un “detalle”, para Milei, muy alarmante. En los organismos internacionales, todas esas nuevas regulaciones y re-regulaciones vienen siendo aprobadas, de manera entusiasta y por unanimidad.

Esto resulta congruente con las posiciones políticas adoptadas por corrientes internacionales, en las que Milei dice referenciarse, marchando a contramano de su discurso. En

EE.UU., China y Europa, en lugar de desregulación y apertura, sus políticas públicas tienden a un decidido intervencionismo, tanto en el sistema de precios como en la defensa de la producción nacional de sus respectivos países y/o regiones en materia tecnológica, medicina y seguridad nacional. Y lo hacen en base a subsidios directos e indirectos.

Políticas concretadas en casos tales como la seguridad alimentaria (Unión Europea), tecnología de punta (chips) en EEUU y Europa, etc., y en todos los casos, con el apoyo de todo el arco político, incluidos los “amigos” de Milei, en esas regiones. Aunque realizan críticas a sus respectivos gobiernos, no es por oposición a esas políticas, sino por resultar demasiado “débiles”.

Es una carrera entre tecnologías disruptivas y cambios institucionales para adaptar el capitalismo a sus nuevas condiciones, sin llegar a tocar las relaciones sociales. Sin embargo, el problema de fondo se presentará (y Milei también lo sabe) cuando en un punto de inflexión, ya no serán suficientes los “parches” institucionales de las regulaciones. Será inevitable modificar el propio sistema de relaciones sociales.

Ya no serán regulaciones a las grandes tecnológicas, sino la prohibición lisa y llana para realizar actividades comerciales basadas en el control tecnológico de la digitalización y del ADN. En el caso de la tecnología de manipulación del ADN desde el año 2000, y de su aplicación a las vacunas universales desde el 2022. Similar a esos casos ya efectivizados, el control de la tecnología digital pasará a ser de dominio público internacional a fin de hacer posible la captura y distribución de su beneficio social y, de manera simultánea, bloquear sus gravísimos efectos negativos: éticos, “fake news”, reemplazo del trabajo humano, etc.).

Y no necesariamente a través de empresas del estado del tipo convencional. Podrá hacerse por vía de entes públicos, independientes y participativos. Y también con la participación privada, en su producción y comercialización. Pero ya sin poder usufructuar de su posición dominante en materia tecnológica.

5.- Una alternativa para la política.

Todas estas condiciones nacionales e internacionales, hacen posible (solo posible) la autocritica de los grupos políticos, pues han estado realizando sus acciones bajo la misma visión subjetiva y voluntarista, debido a la presión ejercida por el mismo contexto cultural.

Las acciones concretas del gobierno de Milei, permiten esclarecer el origen de las conclusiones ridículas, a la que es posible llegar, por vía de ese enfoque. Resulta equivalente a una demostración “por reducción al absurdo”, tan habitual en matemática y geometría.

Las idas y vueltas con el proyecto de Ley “Bases”, el DNU 70 y ahora el decálogo de consenso, y la resistencia de la sociedad a los absurdos, comienzan a desnudar las intenciones respecto a eludir todo debate y en particular el parlamentario.

Ese esclarecimiento, ayudará a formar un nuevo abanico político. Será como un gigantesco “ir a mazo y dar las cartas de nuevo”. Sin embargo, no se trata de una cuestión cuantitativa respecto a cuantos quedaran de uno u otro lado del espectro. Es una cuestión cualitativa, es decir, se presenta la posibilidad de un replanteo crítico de la acción política.

A partir de ello, será posible reconstruir partidos políticos coherentes, y generar alianzas y rupturas alternativas, a fin de construir nuevas mayorías con programas basados en

criterios de objetividad y no en los voluntarismos compulsivos, originarios de la actual crisis política.

A partir del fenómeno Milei, ese reordenamiento, sería posible. Pero solo en potencial pues su concreción requiere ejecutar transformaciones radicales en partidos políticos en situación de aguda crisis. Aunque el fenómeno Milei contribuye a desnudar las condiciones existentes, por sí mismo, no puede construir nada. La política deberá “arremangarse” y hacerlo.

El análisis objetivo será posible en tanto se adquiera conciencia del tamaño de la crisis en la dimensión cultural y sus trampas, debido a la aplicación de un análisis subjetivo y voluntarista. La política debe fundamentarse en análisis objetivos de las tendencias de la sociedad, y esto sólo es posible mediante el estudio de sus procesos, históricamente ubicados.

Bajo esos criterios, podrán plantearse alternativas políticas definidas, orientadas hacia todas las dimensiones de la realidad, e ideológicamente coherentes. Y concretar en políticas realizadas mediante alianzas coherentes y consensos.

Córdoba, Marzo de 2024.

Lic. Daniel Wolovick